

# RECUERDOS DE UN MAESTRO: DON LUIS GARCIA DE VALDEAVELLANO

GABRIEL TORTELLA CASARES  
Universidad de Alcalá de Henares

Los versos del *Elogio* de Antonio Machado a don Francisco Giner vienen casi involuntariamente a las mientes en la muerte de don Luis:

*Como se fue el maestro  
la luz de esta mañana  
me dijo: Van tres días  
que mi hermano Francisco no trabaja.*

Y ello es, creo yo, porque Machado supo evocar, con su milagrosa sencillez, el espíritu de las gentes de la Institución Libre de Enseñanza, espíritu que don Luis, por herencia y por vocación, encarnaba plenamente.

No hace mucho tiempo que un profundo conocedor del legado de la Institución, Elías Díaz, escribía lo que sigue:

la filosofía krausista española, inspiradora de la Institución Libre de Enseñanza y de otros importantes centros pedagógicos y de investigación, fue —mucho más que una doctrina académica o que un mero sistema teórico— un «espíritu», un modo de pensar y de actuar (basado en el principal valor del trabajo y en la idea de tolerancia), una forma de vida (caracterizada por su gran honestidad y austeridad) y una ética (de raíz profundamente liberal) <sup>1</sup>.

Este es el espíritu al que se ajustaron perfectamente la vida y la obra de don Luis.

De su obra yo no soy competente para juzgar. Aunque me honro de haber sido beneficiario del magisterio de don Luis, mis intereses por la economía contemporánea y mi profunda ignorancia del Derecho y de la Historia Medieval me descalifican totalmente. Plumas más autorizadas que la mía evalúan

<sup>1</sup> Díaz (1982), 102.

su labor de historiador en este número. Me voy a limitar, por tanto, a hablar de su magisterio.

Don Luis García de Valdeavellano y Arcimis ejerció ese magisterio ante todo con el ejemplo, que es la manera más eficaz de ejercerlo. Fue el epítome del universitario: nacido en 1904, se licenció en Derecho a los veinte años en la Universidad Central (Madrid). Siendo aún estudiante practicó el periodismo como crítico de arte en *La Epoca*. Con aquella gracia suya para hablar, cuando evocaba su paso por aquel diario vetusto, decía: «Yo viví en el siglo XIX», significando que aquella redacción era una reliquia del siglo pasado, y recuerdo que al ver la cara de sorpresa con que yo acogí la frase la primera vez que se la oí, se echó a reír diciéndome: «¿Te crees que soy tan viejo?» Mientras preparaba su tesis doctoral fue ayudante de clases prácticas en la cátedra de Historia del Derecho, primero con don Laureano Díez Canseco, luego con don Galo Sánchez. Su interés por la Edad Media le llevó al Centro de Estudios Históricos, creado por la Institución Libre de Enseñanza, dirigido por Menéndez Pidal, y en el cual don Claudio Sánchez-Albornoz llevaba un Seminario de Estudios Medievales. En palabras del propio don Luis: «En ese "Centro" inolvidable tuve yo la fortuna de educarme como historiador. Y puedo decir —no sin emoción— que a ese "Centro de Estudios Históricos" se lo debo todo»<sup>2</sup>. En el Centro, «en un ambiente de trabajo y de la más rigurosa dedicación a la investigación científica, bajo el magisterio incomparable de don Claudio Sánchez-Albornoz»<sup>3</sup>, escribió su tesis doctoral sobre *El mercado en León y Castilla durante la Edad Media*, publicada en 1931, reeditada en 1933 y 1975.

En 1933 obtuvo, por oposición, la cátedra de Historia del Derecho Español en la Universidad de Barcelona, de la que fue titular hasta 1954. Ese año ganó, por oposición, la cátedra de Historia de las Instituciones Políticas y Administrativas en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid, donde se jubiló en 1974. Sus años en Barcelona fueron fructíferos, a pesar del doloroso hiato impuesto por la guerra civil y de las difíciles condiciones en que su labor se desarrolló en la postguerra. De la eficacia y significado de su enseñanza en Barcelona son testimonio las figuras de algunos de sus discípulos: tanto los que, como José María Font Rius, Angel Latorre o Fabián Estapé, han seguido la carrera académica como los que, como Vicente Girbau, Alberto Oliart o Joan Raventós, escogieron otras actividades.

De la persona de Valdeavellano ya tenía yo noción en mis años de estudiante de Derecho, a mediados de los cincuenta, porque él era uno de los ejemplos a imitar que me ponían mis padres. Mi madre, hermana de perio-

<sup>2</sup> Valdeavellano (1977 b), 87.

<sup>3</sup> Valdeavellano (1975), 9.

distas, había conocido a don Luis en *La Época*; más tarde, como estudiante en el Centro de Estudios Históricos, le había encontrado allí, y también a la que sería su mujer, Pilar Loscertales; ambas opositaron luego a Archivos y fueron compañeras y amigas hasta la muerte de Pilar, en trágico accidente, en 1972. Mi padre, profesor de Derecho en Barcelona durante la República, tuvo allí ocasión de conocer y apreciar a don Luis y su trabajo universitario. Al acabar yo mis estudios de Derecho en Madrid, desorientado por el sistema docente de la Universidad franquista y por algunos encuentros con la «brigada social», tuvo don Luis la benevolencia de aceptarme como ayudante en su cátedra de Historia de las Instituciones, creo que hacia 1960. Afortunadamente para mí, y para los alumnos, el cargo de ayudante debía considerarlo don Luis como puramente honorífico. Es decir, yo no hacía nada (ni tampoco Gonzalo Anes o Paco Simón, que llevaban más tiempo en la cátedra); allí todo lo hacía don Luis: explicar, tutelar, examinar; yo creo que hasta la labor mecánica de rellenar las actas. Más que ayudante, fui acompañante, oyente, testigo, y un poco aprendiz. Y no porque se me pegara nada de su ciencia y su erudición, sino porque oyéndole explicar, viéndole trabajar de cerca, compartiendo sus momentos de expansión después de clase, uno se formaba idea de lo que son la vida y el trabajo universitarios. Muchas mañanas, acabada la clase, don Luis y don Antonio Truyol daban un paseo desde el casón de San Bernardo hasta la calle de Génova, donde don Luis a menudo iba a visitar a sus hermanos, y yo les acompañaba en silencio, caminando por el barrio de Malasaña, entonces muy tranquilo, escuchándoles hablar, admirado de su cultura y su elocuencia: en aquellos diálogos peripatéticos se oía recitar a Goethe en alemán, a Virgilio en latín, fragmentos de *Las Partidas*, o del Fuero de Cuenca, o del *Llibre de Consolat de Mar*, o, a propósito de Malasaña, se citaban cartas de Goya o de Jovellanos, o, hablando de historia reciente, se recordaban conversaciones con Joaquín Costa, con Unamuno o con Marc Bloch. Otra de esas frases hiperbólicas, inolvidables, de don Luis era pronunciada al contar lo que había presenciado en Madrid el 14 de abril de 1931: «Yo derribé una Monarquía secular.»

«¡Cómo trabajaba don Luis!» Recuerdo esta frase admirativa de Fabián Estapé, que una vez, en Barcelona, me describía la impresión que le hizo Valdeavellano como maestro, similar a la mía años más tarde. Reunía don Luis en su casa de Barcelona a sus discípulos para discutir lecturas e investigaciones, al igual que él había aprendido de don Claudio años antes en el Centro de Estudios Históricos, según contaba en una reciente entrevista<sup>4</sup>. Y es que, en frase suya, «toda investigación científica [...] es, sobre todo, tradición, fuego que unos encienden y otros mantienen vivo»<sup>5</sup>. Don Luis nos

<sup>4</sup> Simón (1984), 411.

<sup>5</sup> Valdeavellano (1960), 9.

enseñó a trabajar como le habían enseñado a él en su juventud, con la constancia y la devoción del artesano intelectual por su oficio, sin megalomanías ni falsas modestias, con amor y afición al trabajo bien hecho y, por tanto, útil. Resultaba impresionante visitarle en su piso de la calle Díaz Porlier, porque allí se hacía patente lo acumulativo del trabajo de investigación: en aquel piso había acumulada tal cantidad de libros y ficheros que apenas había un palmo de pared visible. Cada varios meses había que bajar al sótano el exceso: arriba sólo quedaba lo que él más utilizaba. Si se llegaba allí de improviso era casi seguro verle al entrar, a través de los visillos de la puerta de cristales, sentado a su mesa leyendo o escribiendo, rodeado de ficheros y de libros, con la nariz casi en el papel por su vista miope. Le recibía a uno con esa sonrisita suya, medio de cordialidad, medio de guasa, medio de disculpa: «Es que tengo que terminar tal artículo, tengo un compromiso...» Recuerdo una vez que, refiriéndose a un trabajo que estaba acabando (nada menos que sobre la prenda inmobiliaria en el derecho medieval, si no me equivoco), me decía: «Y total, el único que lo va a leer es Merêa» (se refería al medievalista portugués Paulo Merêa, a quien apreciaba mucho). Pero ponía tanto —o más— esmero como si lo fueran a leer millones.

Fruto de este trabajo infatigable fueron sus grandes obras: su *Historia de España, de los orígenes a la Baja Edad Media*, que ha conocido al menos seis ediciones; su tesis doctoral sobre el mercado medieval en León y Castilla, antes mencionada; *Sobre los burgos y burgueses de la España medieval*, que fue su discurso de entrada en la Academia de la Historia, y que también fue reeditada; *El feudalismo hispánico y otros estudios de Historia medieval*, libro que contiene cuatro relevantes estudios, en especial el muy importante «Las instituciones feudales en España», publicado originalmente como apéndice al conocido libro de Ganshof sobre el feudalismo en general; sus innumerables artículos y reseñas publicados en libros y revistas españoles y extranjeros, siempre sobre temas académicos, aunque no necesariamente medievales. Y de su dedicación hasta última hora son clara prueba sus trabajos publicados póstumamente en esta *Revista* y en la *Revista de Occidente*, dos hermosos y muy dispares artículos sobre su inolvidable maestro don Claudio. Don Luis no fue catedrático de Historia Económica; sus intereses se centraban en lo que en otro tiempo se llamó «Historia interna», algo parecido a lo que hoy se llama, «no sin pretenciosidad» (la frase es suya), «Historia total», y que comprende una amplia gama desde la Historia Política hasta la Económica, pasando por la Historia de las Instituciones, la Historia del Derecho y la Historia Social. En mi poco autorizada opinión, su gran contribución a la Historia Económica fue mostrar el renacimiento de las instituciones capitalistas en la España medieval, y en este aspecto son decisivos su tesis doctoral y su discurso de entrada en la Academia, monografías modélicas que muestran, por añadidura,

su elegante y ameno estilo literario. Como historiador económico, el trabajo y el pensamiento de don Luis me parecen entroncar muy directamente con Pirenne: sus estudios sobre las ciudades, los mercados y los burgueses en los umbrales cronológicos de la Baja Edad Media española constituyen intentos de contrastar con evidencia hispánica la teoría de Pirenne sobre la decadencia y el auge de la economía europea desde la Baja Antigüedad hasta la Baja Edad Media. Los trabajos de Valdeavellano, basados en una paciente acumulación de lecturas de libros y documentos y en un sagaz análisis de la evidencia, muestran, como antes mostrarán los trabajos de don Claudio para las teorías sobre el feudalismo europeo, que el caso español presenta marcadas peculiaridades. La economía ibérica, como perteneciente a la cuenca mediterránea, de un lado, y como constitutiva de la frontera occidental de la Europa cristiana con el mundo musulmán, de otro, exhibe características propias que la hacen divisible en tres zonas: una franja septentrional, donde la influencia europea es predominante; una franja meridional, donde predomina la influencia islámica, y una franja intermedia, propiamente fronteriza, de características autóctonas y originales.

Don Luis unía a su sabiduría una ejemplar modestia, que se manifestaba tanto en su actividad profesional como en su vida privada. La sencillez de medios con que vivió provenía de su natural austeridad y de la limitación de los ingresos de un catedrático. En vida de Pilar, don Luis llevaba encima el dinero que ella le daba, que no era mucho. «Antes me daba para comprar tabaco —recuerdo oírle decir—, pero ahora me lo compra ella y a veces me encuentro al salir de casa sin un duro.» Pero ella siempre le daba lo bastante como para invitarme a un aperitivo al salir de clase. Y, gracias a la administración de ella, don Luis no tuvo problemas económicos después de jubilarse. «Gracias a unas acciones que compró Pilar, porque con la jubilación, ni a mí me basta», me dijo hace pocos meses. Esa misma modestia, esa naturalidad de habla y de comportamiento, a la que unía una dignidad consustancial, contribuía a hacer de él un gran maestro, porque le permitía explicar con sencillez cosas que en realidad eran muy difíciles. Don Luis presidió el tribunal de mi oposición a cátedra, y recuerdo su satisfacción cuando yo elogí esta misma virtud en otro gran maestro que yo tuve, éste en el colegio «Estudio», don Miguel Catalán, que explicaba cálculo diferencial tratando de convencernos (y casi lográndolo) de que derivadas e integrales eran cosas sencillísimas. La modestia intelectual que don Miguel y don Luis tenían en sus respectivos campos es condición *sine qua non* del buen maestro y requiere, paradójicamente, una gran seguridad en sí mismo, de la que carecen tantos dómnes que imparten su ciencia *ex cathedra*.

Esa modestia y naturalidad, ese quitar importancia a la propia obra (cosa que hizo con tal elegancia, aunque sea de rigor, en el preámbulo de su discurs-

so de entrada en la Academia), unidos a su finísimo y malicioso, pero nunca maligno, sentido del humor, le permitían comunicar sin ningún problema con gentes que por la edad pudieran haber sido no ya sus nietos, sino sus biznietos, y dirigir tesis, como la de Maribel Alfonso, muchos años después de jubilado. Las reuniones en su casa de los jueves por la tarde eran características de esto, porque lo más común era encontrar allí profesores y profesoras jóvenes; ya no eran éstas reuniones de trabajo, sino tertulias en que los discípulos se congregaban en torno al maestro para hablar de lo divino y lo humano, y escucharle discurrir de política, de literatura, de arte (o, cómo no, de Historia), contar anécdotas o interesarse por la vida de sus contertulios. Su humor sardónico era proverbial. Recuerdo que en una ocasión, tras la recepción en la Academia de un amigo común, yo alabé el discurso, entre otras cosas, por lo ameno. «Ha leído la décima parte —me contestó, riéndose de mi ingenuidad—; si nos lo lee entero, nos mata.» De un colega con ínfulas de aristócrata que fulminaba públicamente contra la Revolución Francesa me parece aún hoy oírle comentar por aquellos pasillos lóbregos de San Bernardo: «Las bragas del villano llevaría todavía ése si no hubiera sido por la Revolución Francesa.»

Murió en marzo de este año. Fue otro de esos viejos alegres de vida santa (y sabia) de que nos hablaba el poeta y que producía la Institución. Fue un gran maestro, en el sentido universitario y en el sentido gremial, que es casi lo mismo. Bien mereció, él también, un repique de yunques y un duelo de trabajos y esperanzas.

## BIBLIOGRAFIA

- DÍAZ, Elías (1982): «La Institución Libre de Enseñanza y el Partido Obrero Socialista Español», en varios autores: *Reivindicación de Krause*, Madrid: Fundación Friedrich Ebert, Instituto Fe y Secularidad, Instituto Alemán de Cultura, pp. 99-115.
- SIMÓN SEGURA, Francisco (1984): «Entrevista a don Luis García de Valdeavellano», *Papeles de Economía Española*, núm. 20, pp. 410-421.
- G. DE VALDEAVELLANO Y ARCIMIS, Luis (1960): *Sobre los burgos y los burgueses de la España medieval*, Madrid: Real Academia de la Historia.
- (1975): *El mercado. Apuntes para su estudio en León y Castilla durante la Edad Media*, 2.ª ed., Sevilla: Universidad de Sevilla.
- (1977 a): *Curso de Historia de las Instituciones españolas*, 5.ª ed., Madrid: Revista de Occidente.
- (1977 b): «Historiadores en la Institución», en varios autores: *En el Centenario de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid: Tecnos, pp. 81-87.
- (1980): *Historia de España. De los orígenes a la Baja Edad Media*, 6.ª ed., Madrid: Revista de Occidente.
- (1981): *El feudalismo hispánico y otros ensayos de Historia Medieval*, Barcelona: Ariel.